

Festín de Dios con los hombres

Vigésimoctavo domingo del Tiempo Ordinario
15 de octubre de 1978

Isaías 25, 6-10a.
Filipenses 4, 12-14.19-20
Mateo 22, 1-14

Quisiera transmitirles, a través de mi modesto servicio de la palabra, toda la alegría, todo el optimismo que la liturgia de la palabra quiere darnos este domingo, que podíamos caracterizarlo como el festín de Dios con los hombres. Y así será el título de la homilía: el festín de Dios con los hombres.

Pero para comprenderlo y situarnos nosotros mismos en el ambiente propicio para recibir este mensaje, quiero recordarles que la línea fundamental de la palabra de Dios que se va recorriendo durante todo este año de 1978 es el Evangelio de San Mateo, del cual hemos difundido el esquema. Porque, como en siete etapas, el Evangelio de Mateo nos va presentando la gran noticia que la Iglesia anuncia al mundo: el reino de Dios ha venido; y se remonta a sus orígenes, meditando como lo hacían las primeras comunidades, en cuyo ambiente se escribió el Evangelio.

Esto que leemos como Evangelio de San Mateo es el resultado de profundas y piadosas reflexiones. No fueron escritas inmediatamente después de que Cristo desapareció, sino que los apóstoles predicaban los hechos que habían vivido y los reflexionaban. De modo que, en las parábolas, no solo está directamente el pensamiento de Cristo, el Señor, sino que va recogiendo ya las preocupaciones de la Iglesia. Y en la sección que se comentó el domingo pasado, los capítulos 19 al 25, se trata de

—como la sexta estrofa del Evangelio de San Mateo— la crisis que prepara el advenimiento definitivo del reino de Dios, una crisis suscitada por la oposición creciente de los jefes judíos y anunciada por el mismo divino Maestro, en lo que va a coronar toda esta hermosa sección, el discurso escatológico. Es decir, ya Cristo ha entrado a Jerusalén y estos episodios tienen lugar en vísperas ya de su muerte, en una lucha ya definitiva de pensamiento con aquellos a quienes Él quiere mostrarles, con palabra clara, que no se opongan al reino, si a causa de su oposición orgullosa se les va a quitar el reino para darlo a los gentiles, como diciéndoles: “Todavía es tiempo, ábranse a la conversión”. Se dirige a los dirigentes judíos. ¡Qué tremenda responsabilidad la de los dirigentes de los pueblos, porque ellos conducen al pueblo!

Por eso, hermanos, yo quisiera que mi palabra, como dirigente espiritual, la comprendieran en el mismo sentido en que el Evangelio se sitúa. Tiene que chocar. No puede agradar a todos. Habrá quienes lo rechacen. Y Cristo nos dio el ejemplo. Quienes lo rechazaron fueron precisamente los dirigentes que le echaban la culpa, a Cristo, de estar torciendo la historia de Israel. Y Cristo no la torcía. Cristo la orientaba a su verdadero destino. Ellos eran los que la torcían. Es necesario ponerse en este ambiente para comprender el lenguaje actual de la Iglesia, un lenguaje que no es político ni subversivo, que no busca la rebelión. Es un lenguaje que predica el amor, pero diciéndole al pueblo: “Por aquí hay que ir”. Y les dice también a quienes están orientando por otro lado: “Eso es torcer el camino”.

Estamos, por otra parte, al final del año litúrgico. Ya en los primeros días de diciembre, fines de noviembre, va a comenzar el año litúrgico con el primer domingo de Adviento. Debemos de situarnos como el alumno, ya en este tiempo, recogiendo el fruto del año en sus exámenes, en sus graduaciones, en sus fiestas de promoción. Ojalá que para nosotros estos últimos domingos marquen también una preocupación, la del bachiller que se prepara a sus exámenes privados: cuánto se desvela, cuánto se preocupa para sacar su bachillerato. Mucho más grande que un bachillerato es un curso de año litúrgico. Alguien me halagó mucho, una comparación, cuando me dijo que “su homilía en los domingos es como una cátedra de universidad”. Nunca he pretendido tanta cosa, sino ser un humilde catequista, un evangelizador del pueblo, nada más. Pero ciertamente que vale

mucho más que todas las cátedras de las ciencias de los hombres, la humilde cátedra de la evangelización que señala a los hombres el verdadero sentido de la vida, sus verdaderas relaciones con Dios, sus responsabilidades en la sociedad. Y esto es lo que hemos tratado de hacer. Por eso les advierto, pues, que nos encontramos ya finalizando el año litúrgico con el Evangelio de San Mateo; y ya comenzará otro año, como quien dice otro curso con otro Evangelio, pero siempre es Cristo el Maestro.

Ahora comprendemos cómo el Evangelio no es el mismo de esta semana y del domingo pasado y de los anteriores y de los futuros. Sí, el Evangelio es el mismo, pero el marco histórico en que se reflexiona... ¡Qué distinta era la comunidad donde Mateo reflexionaba para escribir su Evangelio y ahora, que leemos a Mateo en el marco concreto de la comunidad de la catedral y de aquellos lugares, donde se está en sintonía para reflexionar el mismo mensaje de nuestro Señor Jesucristo! Por eso acostumbro, hermanos, —y a mí es a quien más me molesta— ser como un cronista de la semana; porque en esta crónica semanal, no solamente tenemos que evocar esa vida sencilla, floreciente, fervorosa de nuestra Iglesia, sino también el marco de oposición, de persecución, de mala comprensión que rodea a esta comunidad que quiere vivir y orientar según Cristo.

Vida de la Iglesia

La Iglesia, en esta semana, podíamos definirla con rasgos muy simpáticos, como es: en esta próxima semana, el jueves, va a cumplir veinte años de vida sacerdotal un grupo de sacerdotes que están trabajando activamente en nuestra diócesis: el padre Carlos Mejía, párroco de Flor Blanca; el padre Roberto Crespín, de Ciudad Delgado; el padre Benjamín Rodríguez, de Jayaque; el padre Modesto Villarán, de Soyapango. Y dentro de pocos días más, el 25 de octubre, cumplirán sus bodas de plata sacerdotales: el padre Roberto Amílcar Torruella y el padre Sergio Moreno.

Y en este ambiente de nuestros sacerdotes, colaboradores directos, tenemos que ratificar la defensa que hizo nuestro boletín del arzobispado, del padre Benito Alfaro, con testimonios oficiales del mismo alcalde y juez y feligreses de su parroquia¹.

¹ Cfr. *El Mundo*, 9 y 10 de octubre de 1978.

También, la aclaración² que se ha hecho de los sacerdotes David Rodríguez, Trinidad Nieto y del bachiller Guillermo Cuéllar, capturados injustamente también.

En este marco de nuestra vida de Iglesia, esta comunidad que está reflexionando hoy, celebramos hoy el día de Santa Teresa de Jesús, la religiosa española que supo traducir a la edad moderna todo el espíritu del Carmelo, y del cual tenemos aquí, en El Salvador, magníficos exponentes en los padres carmelitas que rigen la parroquia de la colonia Roma; las religiosas carmelitas de San José, que tienen el Colegio Belén, un centro de promoción en la colonia Utila de Santa Tecla, y varios centros pastorales directos, como Ciudad Barrios, Apulo, etcétera. Lo mismo las carmelitas de Santa Teresa, que tienen el colegio Santa Teresa, —donde tuve la oportunidad de celebrarles la santa misa y compartir con su vida espiritual carmelitana unos momentos—, el hospital de la Divina Providencia y el trabajo directo de pastoral en San Ramón, y proyectan para servicio de nuestra sociedad también otros centros asistenciales. Lo mismo las carmelitas misioneras que hace veinticinco años vinieron de España y que trabajan entre nosotros en la Policlínica Salvadoreña y, directamente, con nuestro pueblo en el Plan del Pino y en La Laguna de Chalatenango.

En esta vida religiosa, también, quiero traerles con alegría la noticia de una reunión de las religiosas de La Asunción, de todas sus comunidades que trabajan en El Salvador, para profundizar y poner más al servicio de nuestro pueblo el carisma de su fundación. Porque eso es la vida religiosa: unas mujeres o unos hombres llamados por Dios a recibir una experiencia espiritual que se llama carisma; no para ellos solamente, sino, como la Iglesia, para el servicio del pueblo de Dios.

También es la comunidad, Iglesia, la que se ofrecía a mi experiencia en esta semana, en El Calvario de Santa Tecla, la noche del domingo pasado. ¡Qué fervor, qué alegría en aquel ambiente de fiesta!

En la comunidad de Soyapango, donde, en honor de la Virgen del Rosario, las comunidades de base se reunieron a una hermosa y fervorosa convivencia.

² Cfr. Boletín n.º 46 de la Secretaría de Comunicación Social del Arzobispado de San Salvador, *Orientación*, 15 de octubre de 1978.

En el cantón La Loma, de San Pedro Perulapán, donde también la comunidad se notaba muy tímida; sin embargo, muy valiente asistió a la misa que celebré allá por los dos pobres campesinos asesinados, cuya muerte sigue en el misterio y que aparecieron allí por la carretera de Apulo. ¿Por qué esa timidez? ¿Por qué ese miedo? Lo pude constatar de cerca. Un grupo de ORDEN se acerca a la celebración de la misa con sus machetes, en una pose de autoridad —como si no tuviera confianza en el obispo y en los sacerdotes y en las religiosas que estaban allí con sus fieles—, amenazantes. Yo quisiera decirles, a mis queridos hermanos, que la autoridad es para el servicio, no para atemorizar.

También, en la misma Soyapango, una reunión de laicos para reflexionar sobre la carta pastoral. Les agradezco y los felicito. Porque la mente de la arquidiócesis acerca de las organizaciones populares está definida en esa carta que, por tanto, obliga a nuestra arquidiócesis. Para cada diócesis, es el obispo el responsable del magisterio y de la disciplina eclesíastica. Por tanto, yo les digo —a todos los sacerdotes, religiosas y fieles— que, en materia de organizaciones populares, la doctrina de la Iglesia auténtica para nuestra arquidiócesis es la que les ha presentado su arzobispo y a ella tienen que atenerse. Mientras no venga una disposición de la Santa Sede, es este, el obispo, el responsable. Cada obispo en su propia diócesis es el maestro y el conductor espiritual.

De Apopa, nos llega también la queja de no dar ayuda al servicio de *Cáritas* en algún cantón. Recuérdense que *Cáritas* es la mano extendida de la caridad de la Iglesia, y quisiéramos hacerla una organización de verdadero servicio de caridad. Ayúdennos, no nos estorben.

Por otra parte, la comunidad arquidiócesis se alegra en que estos días, en bonitos, significativos, festivos de clausura de los colegios y escuelas católicas, se está recogiendo la cosecha del trabajo pastoral de los colegios. Ojalá todos los colegios católicos puedan sentir, al final del año, la alegría de no haber sido simplemente un colegio de enseñanza oficial, sino que tiene que ser el vocero de la evangelización; que, valiéndose de los programas oficiales, a los que tiene que respetar como verdadero ciudadano, el espíritu que anima la enseñanza del colegio católico tiene que estar en sintonía con el pastor responsable de la vida de la Iglesia, ya que los colegios y las escuelas católicas pertenecen a la vida de la Iglesia o no son católicos.

Alegarme también con ustedes, queridos hermanos que asisten a la catedral, porque nuestra misa ha sido objeto de crónicas de carácter internacional. Ustedes tal vez no se dieron cuenta. El 24 de septiembre, día de la Virgen de Mercedes, estuvo entre nosotros un periodista de la *Prensa Asociada*, que describió nuestra misa en un reportaje que se publicó en el extranjero y que aquí en el país no se publicó porque se refería a aquel ambiente tan triste frente a la catedral: un parque con gente armada.

También, en la misa del domingo recién pasado, tuvimos aquí el honor de que la televisión holandesa filmara nuestra misa — como lo hizo en la noche en El Calvario de Santa Tecla—, llevándose una impresión muy grata de sentir, en la catedral, el palpitar de un pueblo que de veras asiste a misa no en una forma pasiva, sino que, en su silencio y en su oración, en su atención a la palabra de Dios, está siendo verdaderamente una participación viva. Yo les quiero agradecer, queridos hermanos que llenan la catedral, porque la presencia de ustedes es ánimo para el pastor y también ejemplo, por lo que les acabo de decir, no solo para nuestra diócesis, sino más allá de nuestras fronteras.

Quiero traer un recuerdo personal también, perdónenme, y es que hoy celebramos el séptimo aniversario de la muerte de un gran amigo migueléño, don César Augusto Osegueda, quien luchó desde su periódico, *El Diario de Oriente*, por estos aspectos de derechos humanos, por los cuales estamos empeñados ahora.

Lo mismo, agradecer a una viejecita enferma de San Ramón, que en una bonita carta recuerda con nostalgia sus trabajos por la Iglesia y que ahora ofrece nada más su enfermedad y su buena voluntad. Y le diré: “¡Qué mejor!”. Si eso, queridos hermanos, ustedes los enfermos, los ancianos, los que no han podido venir, son precisamente la riqueza —como acaba de decir el papa Juan Pablo I—, son la riqueza de la Iglesia³. Yo les agradezco a todos estos queridos enfermos que le den a su enfermedad, a su incapacidad, a sus achaques, a su vejez, un sentido apostólico, ofreciéndolo todo por la gloria de Dios. La persona a que me refiero es la niña Adela Morataya, viuda de Hernández. Ojalá tuviera muchos imitadores en ofrecer al Señor el tesoro de sus méritos personales.

³ Cfr: Homilía de Juan Pablo I durante la celebración eucarística en San Juan de Letrán (23 de septiembre de 1978), *L'Ossevatore Romano*, 1 de octubre de 1978.

Este es el ambiente como Iglesia nuestra. Esta es la Iglesia que está meditando la palabra del Señor esta mañana. Y con esa palabra del Señor, iluminará las realidades que se oponen y le hacen crisis al expandimiento⁴ de este reino de Dios, como lo voy a decir un poco después. Ahora solo quiero que saquemos de la lectura de la palabra de Dios estos tres pensamientos bajo el título que ya les insinué para esta homilía: el festín de Dios con los hombres. El primer pensamiento es: Dios prepara un festín con los hombres; el segundo pensamiento es: Dios hace a la Iglesia mensajera de su festín para todos los hombres; y tercer pensamiento: los invitados son todos los hombres, pero no todos fueron dignos de la invitación.

Dios prepara un festín con los hombres

Dios prepara un festín y el motivo es porque celebraba las bodas de su Hijo. ¡Qué bella manera de reflexionar, San Mateo y sus primeros cristianos, en la redención de los hombres, en el misterio de la encarnación! La redención es una iniciativa de Dios que quiere, para salvar esta humanidad caída en el pecado, hacer de esa humanidad pecadora, una esposa para su Hijo. Y el momento en que el Verbo se hizo carne en las entrañas de María es el momento del desposorio entre Dios y los hombres. Aquel fruto de las entrañas virginales de María es la representación de la humanidad. Dice el catecismo: “En ese momento Dios creó un cuerpo humano, al cual le infundió un alma humana, pero por persona humana le dio nada menos que la persona de Dios”. Todos nosotros, cuando hemos sido concebidos en el vientre de nuestras madres, hemos sido esos tres elementos: cuerpo, alma, persona. Pero nuestra persona no es divina, y esta es la gran diferencia con aquel producto de las entrañas de María. En cuanto al cuerpo y al alma, igual que todos nosotros. Cristo no tiene una carne distinta de los hombres, un hombre como todos. Pero es asumido por la persona divina y, por eso, ese hombre es también Dios, porque la persona de Dios sustenta todos los actos espirituales y corporales de Jesucristo. Esto es lo que los teólogos llaman la unión hipostática. Palabra griega que quiere decir personal. Hipóstasis quiere decir persona, unión en la persona del Verbo.

⁴ Expansión.

Ef 5, 32

Este es el desposorio maravilloso de la naturaleza humana, alma y cuerpo de un hombre, con la naturaleza divina en la persona del Verbo. Hemos recordado brevemente, en la reflexión del Evangelio, el misterio de la encarnación. Por eso, todos ustedes, los casados, se casan para dar al mundo una representación de este desposorio. San Pablo, cuando les habla a los que contraen matrimonio, les dice: “Gran misterio, pero yo lo digo refiriéndome a Cristo y su Iglesia”. La humanidad redimida, la humanidad que prolonga ese cuerpo y esa alma formada en las entrañas de María, pero luego encarnándose por el bautismo en todos los hombres, es la Iglesia. Todos los bautizados somos ya naturaleza unida a Cristo.

Y, entonces, el que se casa representa esa unión misteriosa. ¡Ah, si lo comprendieran todos los que reciben el sacramento matrimonial! ¡Qué grande es el amor del esposo y de la esposa, como el que Cristo tiene a su Iglesia y como el que la humanidad redimida tiene a su Redentor! Si lo comprendieran todos aquellos para quienes lo mismo es vivir amancebados, es decir, sin el sacramento, sin darle una significación divina a su amor de hombre y de mujer. Esta es la gran diferencia entre el amancebamiento: pueden amarse mucho dos personas que se han unido para vivir toda la vida unidos en familia; pero no han bendecido su unión con el sacramento, no lo han elevado al significado de la unión misteriosa de Cristo y de la humanidad redimida.

Cuando se ve pasar por el mundo un matrimonio cristiano, santo, uno no puede menos que descubrir a través de ese amor, en su fe, en el esposo, el amor infinito de Cristo a su Iglesia; y en la esposa, el amor fiel de todos ustedes, queridos hermanos, todos los que formamos la Iglesia. Imagínense, ¡qué riqueza de santidad! Decía antes de la viejecita que ofrece su sacrificio a Dios, de la religiosa que se consagra en un espíritu al Señor, del sacerdote que cumple veinticinco años de vida entregada al Señor, todo eso es Iglesia, amor de Iglesia. El mártir que da su vida por el Señor, el catequista que no le importa la persecución, sino que morir por Cristo si es necesario, todo eso es amor de esposa, amor de Iglesia.

Is 25, 6

Este es el festín que el Señor está celebrando con los hombres. Y para representarlo mejor, los profetas lo anunciaron con figuras tan poéticas como la de Isaías en esta mañana: “En este monte voy a celebrar con todos los pueblos [miren la encarna-

ción ya extendida al universo] un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera, manjares enjundiosos, vinos generosos”. Son imágenes materiales para expresar lo que nosotros, cristianos redimidos, tenemos en nuestra Iglesia: la gracia de Dios, los carismas, la riqueza de su perdón, la alegría de la conciencia tranquila, la vocación seguida con fidelidad. Todo eso es superior a una mesa servida con vinos y manjares generosos. Misa de cada domingo. ¿No les parece a ustedes, hermanos, que aun sin servir aquí vinos ni viandas, cuando salimos de la catedral, salimos como quien sale del banquete de un rey? ¡Más que rey! Hemos estado con Dios. Y quienes han estado preparados, se han acercado a recibir el pan celestial, el banquete del Rey que celebra las bodas de su Hijo. ¡Qué hermosa es la comunión! ¡Qué bella es la eucaristía!

Pero el mismo profeta, remontándose ya de la imagen material al significado espiritual de este festín de Dios, fíjense qué bellas expresiones: “Aquí, en este monte, arrancaré el velo que cubre todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones. Aquí el Señor aniquilará la muerte para siempre. Aquí Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros y el oprobio de su pueblo se alejará de todo el país”. ¿No es para cantar un canto de esperanza y llenarse de optimismo, saber que este cristianismo que nos vino con Cristo, a través de la Virgen María y encarnándose en todos los hombres que tienen fe, es una presencia de un Dios que nos está prometiendo? No, hermanos, El Salvador no tiene que vivir siempre así. Arrancaré aquí ese velo de ignominia que lo está cubriendo en todos sus pueblos. Enjugaré las lágrimas de tantas madres que ya no tienen ni lágrimas de tanto llorar porque sus hijos no aparecen. Aquí, también, se arrancará el dolor de tantos hogares que sufren en este domingo el misterio del secuestro de seres queridos o el asesinato o la tortura o el tormento. Eso no es de Dios. El festín de Dios vendrá. Esperen la hora del Señor. Tengamos fe. Todo esto pasará como una pesadilla de la patria y despertaremos al gran festín del Señor. Llémonos de esta esperanza.

Entonces, la Iglesia es ese monte que significativamente Isaías señala. El monte Sión, donde se construyó el templo de Jerusalén, era como el centro simbólico del encuentro de Dios con su pueblo, con quien celebra unas bodas, una alianza, un pacto. Porque eso es el matrimonio. Y a quien no pueda com-

Is 25, 7-8

Mt 19, 6

prender cómo puede compararse el amor de Dios a los hombres con un matrimonio, les diré: es un pacto, es una alianza. Como el novio que le dice a la novia: “¿Te sientes capaz de casarte conmigo para toda la vida?”. Y el venirse a arrodillar ante el altar ellos dos, es precisamente un pacto que Dios ratifica. Lo que Dios ha unido nadie lo puede separar. Así estaba Dios unido con este monte santo, símbolo de su amor a su pueblo predilecto, a Israel.

Dios hace a la Iglesia mensajera de su festín para todos los hombres

Pero resulta que este monte —y estoy llegando ya a mi segundo pensamiento— es la Iglesia mensajera del festín de Dios. La Iglesia heredó toda esa belleza del monte de Sión, toda esa riqueza de las promesas de Dios hechas a Abraham y a todo su pueblo israelita. En Cristo Jesús, pasó toda esa rica herencia al pueblo cristiano. Y este pueblo cristiano tiene el signo de una Iglesia y también su monte santo.

Hoy precisamente, la atención del mundo está dirigida a ese monte santo. Ustedes saben, tal vez lo oyeron por la *Voz de América*, en las primeras horas de esta mañana anunciaba que en Roma había salido ya la primera fumata de la Capilla Sixtina: humo negro. Al mediodía del domingo —recuerden que allá van siete horas adelante—, no tenemos todavía al elegido; pero el mundo entero tiene su mirada clavada en esa chimenea. Apenas salga humo blanco, habrá alegría en todo el mundo. Un cardenal saldrá al balcón del monte santo a decir al mundo: “¡Os anuncio un gran gozo, ya tenemos Papa!”. Y anunciará el nombre del cardenal y el nombre que ha asumido como Papa.

Queridos hermanos, esto es bello, pero la Iglesia no es solo el Vaticano. Allá está la expresión más acabada, el pastor supremo; pero alrededor del mundo, este banquete hecho para celebrarlo con todos los hombres del mundo: la Iglesia expandida como mensajera del festín de Dios. Los obispos, como les dije antes, somos los responsables de cada diócesis. Si existen organizaciones de obispos, son de carácter eclesialístico; pero el responsable ante Dios de su diócesis es el obispo. Sobre el obispo, no hay más responsabilidad que la del Papa. Él es el mensajero, el que traza el camino hacia ese festín. Y yo les agradezco, her-

manos, sus múltiples pruebas de solidaridad con su pastor, porque no es a mí a quien siguen, sino al festín de nuestro Señor.

¿Cómo traducimos este festín de Dios en la Iglesia? Yo he marcado, para que lo reflexionemos esta mañana, este texto del Concilio Vaticano II, cuando dice: “A la sociedad de la Iglesia están incorporados plenamente, quienes poseyendo el Espíritu de Cristo [aquí está la primera riqueza que la Iglesia tiene, el Espíritu de Cristo], aceptan la totalidad de su organización”. La Iglesia es una sociedad organizada jerárquicamente y el obispo es el jerarca directo, responsable de la diócesis. Naturalmente que el obispo está en comunión con el Papa, único al que tiene que rendirle cuentas; y los fieles que prescindieran del obispo, pasando por encima de él, para creer en la conferencia episcopal o en el Papa, no están aceptando la organización completa de la Iglesia. “[...] y aceptan también todos los medios de salvación establecidos en ella”. He aquí otra riqueza del festín. Lo que estamos celebrando ahora, la eucaristía, la comunión, el perdón en el confesionario, el bautismo de los niños, la bendición de los matrimonios, la ordenación sacerdotal, los institutos donde las religiosas y los religiosos viven su vida consagrada al Señor, todo esto son medios de salvación establecidos en ella. “[...] y en su cuerpo visible están unidos con Cristo, el cual rige esta Iglesia mediante el Sumo Pontífice y los obispos por los vínculos de la profesión de fe, de los sacramentos, del gobierno y comunión eclesialística”. Entonces, en este breve pasaje del Concilio está traducido al lenguaje de Iglesia, al lenguaje de Concilio Vaticano II, toda la bella profecía de Isaías. Todo el banquete de Dios en este monte santo, para llamar a todos los pueblos, es eso que instituyó Cristo y lo confió a esta organización, a esta institución que se llama la Iglesia.

Entonces, me podrán preguntar ustedes —y yo les voy a responder—: “¿Cómo puede haber salvación fuera de la Iglesia?”. El mismo Concilio que dice que todo aquel que ha llegado a conocer la organización de la Iglesia católica como instrumento donde están todos los medios de la salvación si no la acepta con todos sus medios, no se puede salvar. El que la conoce. Y en este caso, hermanos, me da mucha tristeza pensar que en nuestra diócesis hay muchos —y quién sabe si sacerdotes también, y quién sabe si religiosas e instituciones católicas— que no aceptan la totalidad de la institución, no van camino de

LG 14

LG 14

LG 14

LG 14

LG 16

salvación. Pero el caso de aquellos que no conocen esta institución... En el sacerdote no se puede alegar ignorancia —él ha estudiado la institución Iglesia— ni en un cristiano medianamente instruido. Pero puede haber, en un ambiente donde no hay instrucción religiosa, quienes no conozcan, y a estos dice el Concilio: “Quienes, ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna”. ¡Qué consolador es pensar que también aquellos que, no por mala voluntad, sino por ignorancia, no conocen estos medios que la Iglesia les ofrece, pero tratan de vivir honestamente, santamente, la gracia de Dios se les dará; por caminos que no son los sacramentos les llegará la gracia, el Espíritu Santo, Cristo! Porque sin Cristo no hay salvación, pero lo tendrán a su manera.

Flp 4, 12-13

Estos son los mensajeros de la Iglesia, y estoy hablando también... Voy a mencionar aquí, queridos hermanos, la segunda lectura de San Pablo, porque es el modelo de los mensajeros de la Iglesia. Ya les puse el marco ambiental en que fue escrita la carta, que se viene leyendo ya hace tres domingos. La carta de San Pablo a los filipenses fue escrita en la prisión. Pablo está temeroso como todos los prisioneros: “¿Qué van a hacer conmigo?”. Sin embargo, lleno de una gran confianza, agradece a los filipenses que le han mandado, por medio de un cristiano, ayuda económica; y, agradeciendo esa ayuda económica, es donde pronuncia las palabras que hoy se han leído: “Les agradezco que hayan compartido conmigo, por medio de su limosna, la tribulación”; pero con una sana independencia de los bienes materiales —y este es el apóstol—, Pablo les dice: “Pero sepan que yo estoy entrenado para todo y en todo: la hartura y el hambre, la abundancia y la privación. Todo lo puedo en aquel que me conforta”. O sea, muchas gracias porque me dan de comer, pero si aquí en la cárcel me estuviera muriendo y nadie se acordara de mí, sepan que confío en el Señor y que la dádiva que ustedes han puesto en mis manos, y que yo les agradezco, la recibo porque “en pago, mi Dios proveerá a vuestras necesidades con magnificencia, conforme a su riqueza en Cristo Jesús”.

Flp 4, 19

¡Qué bella actitud la del hombre independiente, la del hombre que no hace consistir su predicación y su Iglesia en el apoyo

del dinero! Esto nos está costando mucho en nuestra Iglesia, hermanos. Esta autonomía del ídolo dinero, del ídolo poder y presentarnos al mundo como Pablo, audazmente libre. Agradecer al que nos da, pero sepan que no son necesarios; que por eso no me van a condicionar mi predicación. Muchas gracias, pero sepan que yo me debo a Dios y no a ustedes. Muchas gracias, pero sepan que aunque ustedes se hubieran olvidado de mí, yo los amaría lo mismo y les predicaría lo mismo. Este es el mensaje del festín de Dios, de veras, hermanos.

Y yo quiero invocar este valor y esta independencia, esta audacia del predicador auténtico, de Pablo, para decirles a todos los catequistas, a todos los sacerdotes, a todas las instituciones católicas, a todos los que quieren vivir una Iglesia evangélica y auténtica: independicémonos en el sentido no soberbio, orgulloso, sino en el sentido de adorar al único Dios y de poner en Dios toda nuestra confianza. Todo lo puedo en aquel que es mi fortaleza. Él sí. Mi fortaleza es el Señor. Mi riqueza es Cristo. Mi esperanza es el Señor. En Él se salvará mi patria. A Él oro, en Él confío, a Él predico. Esto y cuanto más auténticamente lo crean, sentirán más riqueza del festín de Dios en sus propios corazones. Mientras quieran estar compaginando la confianza en Cristo y la confianza en el dinero, no gozan el festín de Dios.

**Los invitados son todos los hombres,
pero no todos fueron dignos de la invitación**

Por eso, finalmente, hermanos, ¿quiénes son los invitados? Y según las lecturas de hoy, hemos escuchado a Isaías: Dios prepara para *todos* los pueblos... Y arrancará el velo de ignominia que cubre a *todos* los pueblos. Todos son llamados. Y cuando el Señor, en el banquete preparado para la boda de su hijo, manda a llamar, fíjense que hay dos llamamientos: un llamamiento al pueblo predilecto, privilegiado, Israel; pero ellos no fueron dignos. Acuérdense el marco en que está hablando Jesús: última semana de su vida. Ese clímax de lucha, de antagonismo entre el verdadero Evangelio que Él predica y la falsa religión que han entablado los fariseos y los dirigentes del pueblo de Judea; esa lucha está llegando al desenlace trágico de la crucifixión. Pero Cristo no cesa y a ellos directamente les hecha en cara: no han sido dignos de la invitación de Dios. No es que se predique el

Is 25, 6

Is 25, 7

Evangelio solo a los pobres, también está llamando a los ricos. Pero para comprenderlo, es necesario sentir alma de pobre y eso es lo difícil. Autonomía de los bienes materiales para sentir la única necesidad de Dios. Solo así se puede aceptar el reino de Dios y desearlo.

Aquí nos está dando Cristo, pues, la respuesta a una calumnia que se oye muy frecuente: ¿por qué la Iglesia solo le está predicando a los pobres? ¿Por qué Iglesia de los pobres? ¿Que acaso los ricos no tenemos alma? Claro que sí, y los amamos entrañablemente y deseamos que se salven, que no vayan a perecer aprisionados en su propia idolatría, les pedimos espiritualizarse, hacerse almas de pobres, sentir la necesidad, la angustia del necesitado. Entonces, dice el rey: “Salgan a los caminos, allá adonde va el pobre pueblo, llámenlos, tráiganlos”. Y, entonces, se llenó la sala, que había sido preparada para los predilectos, pero no fueron dignos; entonces, se llenó de toda clase de gente.

Mt 22, 9

Y, entonces, viene una segunda parábola: “Entonces, entró el rey a presentarse a los invitados, pero encontró uno que no llevaba el vestido de fiesta”. Es una falta de cortesía. Por más pobre que sea un hombre llamado a un festín de esta clase, aunque sea con su ropita remendada, pero limpia, trata de presentarse lo más decente. Se ve que este individuo, pues, era uno de esos tipos que no le dan importancia a las atenciones y esto, también, no es cortesía. La Iglesia tampoco puede estar por esa falta de educación. Y el Señor se enfrenta al hombre que, a pesar de toda la bondad del Señor de llamar a los pobres, se hace indigno y le dice: “Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin llevar traje de fiesta?”. El otro no abrió la boca, no tenía razones que oponer, había faltado y aquí está una gran lección.

Mt 22, 11

Mt 22, 12

El Concilio Vaticano II, cuando nos ha dicho ese pensamiento que les leí primero, que en la Iglesia de Dios están todos los medios para salvarse, añade también una palabra terrible: “No se salva, sin embargo, aunque esté incorporado a la Iglesia, quien, no perseverando en la caridad, permanece en el seno de la Iglesia en cuerpo, pero no en corazón”. No basta venir a misa el domingo. No basta llamarse católico. No basta llevar al niño a bautizarlo, aunque sea en una gran fiesta de sociedad. No basta apariencias. Dios no se paga de apariencias. Dios quiere el vestido de la justicia. Dios quiere a sus cristianos revestidos de amor. Dios quiere a los que participan en su festín que hagan un

LG 14

esfuerzo personal. Porque Cristo es el principal en salvarnos, pero no te salvará sin ti. Decía San Agustín: “No te salvará sin ti el que te pudo crear sin ti”⁵. Para crearte sí, no necesitó tu consentimiento; pero para salvarte, necesita el uso de tu libertad, que sepas usar tus bienes, tu persona, tus cosas, libremente, con sentido de justicia y de caridad.

Queridos hermanos, esta es la lección preciosa del festín de Dios con los hombres. ¿Quiénes son los llamados? Lo termina diciendo el Evangelio: “Muchos son los llamados”. Todos, todos los pueblos. Para Dios no hay categorías ni para la Iglesia hay distinciones. Por eso choca la Iglesia, porque es el mundo el que quiere mantener distinciones. Y la Iglesia sabe que no hay más que una categoría: los justos, los que cumplen el Evangelio, los que entran al festín de Dios con vestido de fiesta, con conversión de corazón. Por eso, son llamados al festín de Dios muchos que no pueden entrar todavía.

Mt 22, 14

Hechos de la semana

¿Qué dicen ustedes de este conjunto de vida en El Salvador? El caso más escandaloso de esta semana —escándalo por ser un gran atropello a la dignidad humana— es el de Reynaldo Cruz Menjívar, que se contaba entre los desaparecidos desde el 21 de diciembre de 1977 y, de repente, aparece el 29 de septiembre, diciendo que se ha fugado de la cárcel de la Policía de Hacienda. Busca asilo en la embajada de Venezuela. ¿Quieren saber la condición en que llegaba?

Yo tengo el certificado del médico: “El examen somático reveló marcada palidez de mucosa y tegumentos, hemaciación extrema, facies cadavérica, ojos hundidos, nariz afilada, lengua saburral, gingivitis hemorrágica, laceraciones y escoriaciones tanto antiguas como recientes, corazón y pulmones sin particularidades, abdomen excavado, marcada sensibilidad en distintas partes del cuerpo, el siquismo del paciente se encontraba también notoriamente alterado”. ¡Estos son los hombres que estamos haciendo! Por esto gritamos: ¿dónde están los desaparecidos? Porque en la misma declaración ante abogado⁶, Cruz

⁵ San Agustín, *Sermones*, 169, 13: PL 38, 915.

⁶ *Cfr.* “Testimonio del reo político Reynaldo Cruz Menjívar”, *ECA* 360 (1978), pp. 840-858.

Menjívar ha dicho otros dos nombres que él vio: José Adalí Morales⁷, estudiante de último año de Economía, y Cecilio Ramírez. El uno ya agonizando y el otro quedándose ciego y sordo. Ante esta tragedia, es que la Iglesia grita: ¡amnistía o pasarlos a los tribunales!

Y para ser lógica con su reclamo de respeto a lo humano, también queremos reclamar a un partido político y a una organización popular⁸, que en el pobre Menjívar no ven al hombre con estos detalles del médico y de la pastoral de la Iglesia, sino desde el ángulo de su política, como querer hacer de él una bandera de su partido. ¡Esto es injusto también! Si nosotros nos pronunciamos contra estos atropellos y en favor de los derechos humanos, no es desde un ángulo político de un partido, sino desde el humanismo de la Iglesia, desde el amor de Dios, desde el cristianismo que nos exige entrar con traje de boda, de festín, a esta Iglesia que es caridad y que es amor. También los políticos que quieran manipular la desgracia y el dolor están pecando contra los derechos humanos.

Otro escándalo también de nuestra hora: el operativo militar en Cinquera y alrededores, donde guardias nacionales, Policía de Hacienda, ejército y ORDEN ocuparon cantones como El Coco, Cacao, Llanitos, y parece que quiere repetirse el terror de Aguilares y de San Pedro Perulapán: saqueos, capturas, torturas, fuga a los montes⁹. Y entre los perseguidos, los que tienen la Biblia y los que hablan también de doctrina de la Iglesia. Y se desfigura en esas campañas la palabra del arzobispo y de los sacerdotes, como si no predicáramos el amor de Cristo, sino la subversión del pueblo. Son testigos todos ustedes, como dijo monseñor Helder Cámara al preguntarle, catorce años de ser vigilado su teléfono y su correspondencia: “No he nacido para la sublevación y me alegro que el mismo gobierno se dé cuenta de que no he predicado lo que dicen que digo”¹⁰.

⁷ El apellido de José Adalí es Melara.

⁸ El Partido Demócrata Cristiano y el Frente de Acción Popular Unificada publicaron dos comunicados en los que presentaron el caso de Reynaldo Cruz Menjívar como prueba de la existencia de presos políticos, de quienes, a su vez, exigieron su liberación. Cfr. *La Crónica del Pueblo*, 7 y 14 de octubre de 1978.

⁹ Cfr. “Solidaridad”, *Orientación*, 22 de octubre de 1978.

¹⁰ Cfr. *La Prensa Gráfica*, 9 de octubre de 1978.

También, en el sector urbano, hemos de lamentar en estos días, asesinatos, desaparecimientos y queremos compartir con esas familias —que se nos haría muy largo enumerar— su dolor, sus oraciones y también su reclamo. ¡No puede ser, salir a la calle un hombre o una mujer libre a comprar unas pupusas y encontrarse el secuestro!

También quisiera que, en este ambiente del festín de Dios y de los que son invitados y no son dignos, piensen, hermanos, en la muerte de un agricultor santaneco, Ricardo Colocho Bosque, y las declaraciones respectivas del Ministerio de Defensa¹¹. Son dignas de reflexionarse. El poder militar demarca zonas de muerte en nuestras ciudades y los soldados pueden matar impunemente en esas zonas, resultando culpable la víctima. Recordamos, a este propósito, dos casos en esta capital: a principios de año, un joven en la carretera de Planes de Renderos y allá, por marzo, una señorita en las cercanías del cine Apolo, cuando retenes de policía les hicieron alto.

Se ha pedido, también, reformas a la Ley de Orden Público, pero muy distinta de lo que está pidiendo el pueblo¹². Se pide que se amplíe más su campo de acción. Se pide dar competencia jurídica a todas las Cámaras Penales de la república y ampliar hasta ciento veinte días el término de la instrucción del proceso, a criterio de los magistrados, lo que justificaría más cárcel para los pobres reos.

Nos alegró mucho la noticia de que la Sociedad Interamericana de Prensa analiza el grado de libertad de prensa del hemisferio occidental y, naturalmente, nos alegró ver el nombre de El Salvador entre los países que gozan de esta libertad. Y por eso nos dolió mucho que el periodista Enrique Salvador Castro, síndico de la Asociación de Periodistas de El Salvador, protestara enérgicamente porque un policía lo esposó y lo atropelló¹³. Y apoyándonos en esa libertad, no dudamos que no se harán más

¹¹ El señor Ricardo Colocho Bosque fue asesinado por un soldado del cuartel militar de Santa Ana cuando transitaba a inmediaciones de dicha instalación militar. El Ministerio de Defensa justificó esta acción aduciendo que, por motivos de seguridad, la población tiene restringido el paso en las cercanías de las instalaciones de los cuerpos de seguridad y de los destacamentos militares. *Cfr. El Diario de Hoy*, 13 de octubre de 1978.

¹² *Cfr. La Prensa Gráfica*, 6 de octubre de 1978.

¹³ *Cfr. La Prensa Gráfica*, 7 de octubre de 1978.

inquisiciones sobre *YSAX* y *Orientación*, sino que se dejará estos medios de difusión en un ambiente de libertad para que la Iglesia, siquiera en estos mínimos medios de expresión, pueda desarrollar su derecho a la libertad de proclamar su fe en Jesucristo y en el Señor.

Desde nuestra Iglesia, que está reunida en esta reflexión y que se va a alimentar ya de Cristo, que sufrió primero esta crisis frente a un mundo que no quiere creer en Él, hermanos, elevemos nuestro grito de fe y de esperanza al Señor. Nos ponemos de pie.